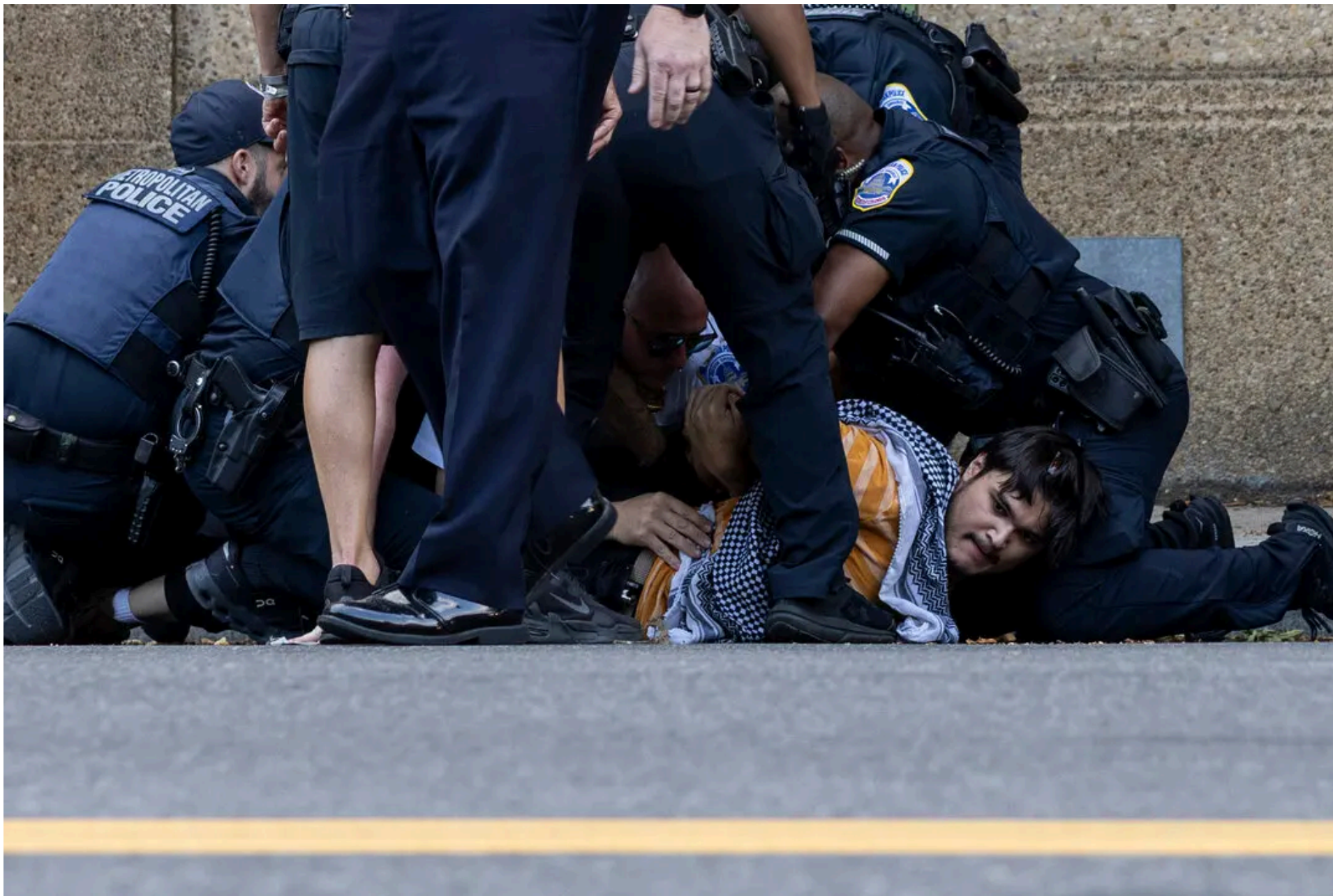


PUBLICIDAD

Estados Unidos y el «capitalismo fascista»

La financiarización y la economía de la deuda han construido un monstruo, que combina capitalismo, democracia y fascismo, el cual no plantea ningún problema a las clases dominantes

Privacidad



Un manifestante es arrestado por la policía durante una manifestación "Detengamos el Hambre en Gaza" frente al Departamento de Estado de EE. UU. en Washington, D. C. - Mehmet Eser / Zuma Press / ContactoPhoto

Privacidad

**Maurizio Lazzarato**

17/09/25 | 6:00

La acumulación originaria, el estado natural del capital, es el prototipo de la crisis capitalista. - Hans Junger Krahl

El capitalismo no se reduce a un ciclo de acumulación, ya que siempre va precedido, acompañado y seguido por un ciclo estratégico definido por el conflicto, la guerra, la guerra civil y, en su caso, la revolución. El ciclo estratégico incluye la acumulación primitiva de Marx, pero solo como su primera fase, seguida por el ejercicio de la violencia incorporada en la «producción» y su estallido en forma de guerra y guerra civil al agotarse el ciclo económico. Para tener una descripción completa del ciclo estratégico hay que esperar al siglo XX y la transformación de este ciclo estratégico en el ciclo de la revolución soviética y china, que corrige y completa a Marx desde diferentes puntos de vista. Los dos ciclos funcionan juntos, encadenando sus dinámicas, pero también pueden separarse: desde 2008 el ciclo del conflicto, la guerra y la

Privacidad

guerra civil (y la eventual, improbable, revolución) se ha separado progresivamente del ciclo de la acumulación de capital propiamente dicha. El bloqueo y los puntos muertos de esta requieren la intervención del ciclo estratégico, que funciona a partir de las relaciones de fuerza y de la relación no económica amigo-enemigo.

Desde que se ha afirmado el imperialismo, la importancia del ciclo estratégico no ha hecho más que aumentar. Los ciclos de la guerra, del uso desmesurado de la violencia y del uso arbitrario de la fuerza se suceden rápidamente. Estados Unidos ha impuesto en tres ocasiones (1945, 1971 y 1991) las normas económicas y jurídicas del mercado y del orden mundiales y en las tres las ha suprimido o modificado, porque ya no le convenían, instituyendo en consecuencia otras nuevas: el fordismo de 1945 fue desmantelado durante la década de 1970; el denominado «neoliberalismo», elegido en su lugar y difundido a escala global a partir de 1991 tras la caída de la URSS, se derrumbó en 2008; y la acumulación primitiva actual vuelve a cambiar las reglas del juego por un más que improbable «Make America Great Again».

El análisis del ciclo estratégico en el capitalismo contemporáneo debe centrarse, en primer lugar, en Estados

Unidos, ya que es allí donde se concentran sus dispositivos de poder, así como las instituciones militares, financieras y monetarias de las que este país tiene el monopolio, cuyo despliegue no permite el acceso a estos dispositivos e instituciones de los «aliados» europeos o asiático orientales, es decir, de los países sometidos por la guerra (Alemania, Japón, Italia) o por el poder económico y financiero (Francia, Inglaterra), acceso que también le es negado, por otro lado, a los países del «sur» del mundo. A partir de la crisis de 2008, el ciclo estratégico ocupa un lugar destacado hasta el punto de desplazar al «mercado», a las normas económicas, al derecho internacional, a las relaciones diplomáticas entre Estados, etcétera, cuyo objetivo es impedir la implosión del ciclo de acumulación y reactivar la economía estadounidense, que se encuentra en graves dificultades.

La nueva acumulación primitiva y el nuevo ciclo estratégico se despliegan ante nuestros ojos. Trump ha declarado el «estado de excepción», el cual es muy diferente de la definición canónica dada por Carl Schmitt o de su recuperación por Giorgio Agamben, ya que en lugar de referirse al «derecho público» y a la constitución formal del Estado-nación, este estado de excepción se centra principalmente en las reglas de

la constitución material del mercado mundial y en las normas del derecho internacional propias del orden mundial. Con el estado de excepción global, el espacio en el que se perfila el *nomos* de la tierra, con sus líneas de amistad y hostilidad, es la guerra civil mundial. En lugar de centrarse en el derecho, el estado de excepción global integra profundamente la economía, la política, lo militar y lo jurídico. La guerra civil mundial repercute en la guerra civil interna en el seno de Estados Unidos, intensificando el racismo y el sexismo, la militarización del territorio, la deportación de inmigrantes, el ataque contra los sistemas universitarios y museísticos, etcétera: la población estadounidense está profundamente dividida no entre el 99 y el 1 por 100, sino entre el 20 por 100, que asegura la mayor parte del consumo del enorme mercado interno (75 por 100 del PIB), y el 80 por 100, cuyo consumo se estanca o retrocede. Las políticas fiscales se aplican para garantizar la propiedad y el hiperconsumo de ese porcentaje parte más rico.

**Si Diario Red puede publicar lo que casi nadie
más se atreve, con una línea editorial de**

izquierdas y todo el rigor periodístico, es gracias al apoyo de nuestros socios y socias.

Apoyar ahora

Trump ha tenido el mérito de politizar lo que el denominado neoliberalismo se había esforzado por despolitizar sin conseguirlo realmente. Una vez suspendida la totalidad de las normas, el uso de la fuerza extraeconómica es la condición previa para la producción económica, el establecimiento del derecho y la constitución de cualquier institución. En primer lugar hay que imponer las relaciones de poder por la fuerza y, a continuación, una vez establecida la división entre los que mandan y los que obedecen (y una vez que la situación se estabiliza, porque los sometidos la aceptan), pueden reconstruirse las normas económicas y jurídicas, los automatismos de la economía y las instituciones nacionales e internacionales, todas ellas expresión de un nuevo «orden». El funcionamiento del ciclo estratégico durante el «estado de excepción global» está garantizado por las decisiones políticas, arbitrarias y unilaterales, del gobierno estadounidense, cuyo

objetivo es imponer una serie de «capturas» (apropiaciones, expropiaciones, saqueos) de la riqueza ajena extorsionada directamente sin la mediación ni de la explotación industrial, ni de la depredación operada por la deuda y la financiarización[1].

¿Cuál es el significado de esta larga (y hasta el momento parcial) lista de decisiones políticas tomadas a partir del poder coercitivo del Estado imperial? El cambio de las relaciones «económicas» no es inmanente a la producción, no es el resultado de las «leyes» del capital y del sector financieros, del sector industrial o de la actividad comercial establecidas por la teoría económica. Los «automatismos» de la economía impuestos políticamente durante las décadas de 1970 y 1980 por Estados Unidos solo pueden reproducir los fines para los que fueron instituidos políticamente (financiarización, economía de la deuda, deslocalización industrial, etcétera), siendo funcionales, por lo tanto, a la reproducción de la crisis. Estos dispositivos no tienen la capacidad de crear de modo innovador, mediante la distribución del poder de manera diferente, nuevas relaciones entre los Estados y las clases, que serían la condición para sentar una «nueva» producción. La configuración de los poderes pretendida requiere una ruptura.

Esta configuración no puede deducirse de la situación que ha conducido a la crisis, sino que requiere un salto fuera de ella. El salto debe ser pensado y organizado por una «nueva» clase dominante, que subjetivice la ruptura, ocupando el Estado y utilizándolo para implementar tal estrategia. El gobierno y la administración pública asumen el papel y la función del estratega, del jefe de guerra que decide a partir de la relación amigo-enemigo, y ya no a partir de la «igualdad» del intercambio entre contratantes, quién debe pagar la crisis de Estados Unidos y en qué monto debe hacerlo.

Para comprender lo «político», que siempre ha gestionado estas fases de acumulación primitiva, no hay que oponerlo a lo «económico», ni reducirlo al conjunto de la clase y las instituciones políticas. Lo «político» en este caso se comprende mejor pensándolo como la coordinación de los diferentes centros de poder (administrativos, financieros, militares, monetarios, industriales, mediáticos), que se dotan de una determinada estrategia. Los intereses heterogéneos que los caracterizan encuentran una mediación en la necesidad de derrotar a un «enemigo común», el resto del mundo, pero sobre todo a los BRICS y, en particular, a Rusia y China. El gobierno de Trump asume la función de capitalista

colectivo, de líder capaz de negociar una estrategia con el resto de poderes financieros, militares, monetarios, etcétera, que siguen actuando según sus propios intereses, pero que, no obstante, deben encontrar una convergencia, ya que lo que está en juego no es la salud de la economía estadounidense, sino la posibilidad del colapso de la maquinaria económico-política del capitalismo financiero y de la actual estructura de la deuda, que está a punto de desmoronarse.

Se recurre al mismo tiempo a la intimidación y a los chantajes económicos y la intervención militar, a las guerras y al genocidio. En «su patio trasero» (América Latina), Estados Unidos amenaza con intervenir, con el pretexto del narcotráfico, en Colombia, México, Haití y El Salvador, mientras despliega cañoneras contra Venezuela mientras convoca en Buenos Aires (19-21 de agosto) a los ministros de Defensa de la región para exigir una alineación sin fisuras de sus respectivos países contra China y para imponer el fortalecimiento de la presencia del ejército estadounidense en los «estrechos» (Magallanes, Panamá, etcétera), «que podrían ser utilizados por el Partido Comunista Chino para proyectar su poder, interrumpir el comercio y desafiar la soberanía de nuestras naciones y la neutralidad de la Antártida».

En estas condiciones, resulta incluso difícil hablar de capitalismo, de «modo de producción», ya que nos enfrentamos a la acción de un «señor», que decide arbitrariamente las cantidades de riqueza que tiene derecho a extraer de la producción de sus «siervos». El secretario del Tesoro estadounidense, Scott Bessent, declaró sin ningún tipo de vergüenza que Estados Unidos trataría la riqueza de sus «aliados» como si fuera suya: Japón, Corea del Sur, los Emiratos Árabes Unidos y, sobre todo, Europa se han comprometido a invertir «según los deseos del presidente Trump». Se trata de un «fondo soberano, gestionado a su discreción, para financiar una nueva industrialización». El presentador de Fox News, atónito, lo califica de «fondo de apropiación *offshore*» a lo que Bessent replica: «Oh, sí, es un fondo soberano estadounidense, pero nutrido con el dinero de otros».

Las relaciones impersonales del mercado vuelven a ser personales oponiendo «el amo a sus esclavos», el colonizador a los colonizados; no es el fetichismo de la mercancía, no son los automatismos de la moneda, del mercado, de la deuda, etcétera los que mandan y deciden, sino la fuerza, expresión de una voluntad política. Estados Unidos ya no nombra al

competidor, sino al *enemigo*, identificado con el resto del mundo, que también incluye a los aliados (en primer lugar, de hecho, a los aliados, porque forman parte de la misma clase dominante y están aterrorizados por la idea del colapso del centro del sistema, que también provocaría su caída: para salvar el capitalismo, estas clases dominantes subalternas no estadounidenses están dispuestas a despojar a sus poblaciones, en particular en Europa, que, al igual que Japón durante la década de 1980, tendrá que hacerse cargo de pagar la crisis de Estados Unidos, sacrificando su economía y a sus clases populares y exponiéndose a los riesgos de la guerra civil).

¿De qué modo los que detentan el poder se convierten en explotadores y cómo los que lo sufren o lo reconocen, ello es indiferente, se convierten en explotados?

La ley del valor o de la utilidad marginal, es decir, la totalidad de las categorías de la economía clásica o neoclásica, son completamente inútiles, no explican nada de lo que está

sucediendo. En lugar de modelos econométricos muy complicados, basta con una operación matemática, que se aprende en la escuela primaria, para calcular los aranceles que deben aplicarse al resto del mundo. La supuesta complejidad de las sociedades contemporáneas capitula con extrema facilidad ante el dualismo político amigo/enemigo. La «destrucción creativa» no es prerrogativa del empresario, sino obra de los responsables políticos, económicos y militares. Para explicar lo que está sucediendo ni siquiera *El capital* de Karl Marx (al menos que partamos de la acumulación primitiva y no de la mercancía) resulta de gran utilidad. Pierre Clastres, a partir de una lectura de Nietzsche muy diferente de la efectuada por Foucault y centrada, a diferencia de este último, en el concepto de voluntad de poder, puede darnos pistas para la reflexión: las relaciones económicas son relaciones de poder, que nunca podemos separar de la guerra. Su descripción del funcionamiento del «poder», cuando se afirma a expensas de las «sociedades [muy antiguas] contra el Estado», sigue siendo el análisis más apropiado que he podido leer sobre el funcionamiento actual de la máquina Estado/capital del gobierno estadounidense. «El orden económico, es decir, la división de la sociedad entre ricos y pobres, entre explotadores y explotados, es el resultado de una

división más fundamental de esta: la división entre los que mandan y los que obedecen, entre los que detentan el poder y los que lo sufren. Resulta esencial, pues, comprender cuándo y cómo surge en una sociedad la relación de poder, la relación de mando y obediencia. ¿De qué modo los que detentan el poder se convierten en explotadores y cómo los que lo sufren o lo reconocen, ello es indiferente, se convierten en explotados? El punto de partida, sencillamente, es el tributo. Este es fundamental. No olvidemos nunca que el poder solo existe mediante su ejercicio: un poder que no se ejerce no es poder. La señal del poder, la señal de que realmente existe, es, para quienes lo reconocen, la obligación de pagar un tributo. La esencia de la relación de poder es la relación de deuda. Cuando la sociedad está dividida entre los que mandan y los que obedecen, el primer acto de los primeros es decir al resto: «Nosotros mandamos y os lo demostramos obligándoos a pagar un tributo».

Se puede interpretar fácilmente la relación mandar/obedecer como una relación determinada por la violencia de la acumulación primitiva, que se repite sin cesar, y la relación explotar/ser explotado como el ejercicio del poder desplegado en la «producción» una vez que se ha establecido el «orden» y

la situación se ha «normalizado»: ambas relaciones (mandar/obedecer y explotar/ser explotado) son acciones complementarias de la misma máquina Estado-capital. La crítica de Clastres de lo «económico», determinante en última instancia incluso de lo «político», nos parece pertinente, a condición de considerar la voluntad de poder y la voluntad de acumulación como dos caras de la misma moneda. El tributo que debe pagarse al gobierno estadounidense debería ser el signo de una nueva redistribución del poder capaz de trazar un nuevo «*nomos* de la tierra», es decir, una relación de subordinación colonial a Estados Unidos tanto de los aliados como de los BRICS, siendo más difícil su imposición en este caso. En el seno de cada Estado, el tributo debe ser el signo de la sumisión de las respectivas clases dominadas, que se supone que son quienes verdaderamente pagan el mismo. La arrogancia de Trump oculta su debilidad, dado que pretende imponer un nuevo orden mundial, cuando es el ejecutor de la derrota de la OTAN en Ucrania, cuando Estados Unidos preside una crisis económica monstruosa y cuando el Sur global no se somete tan fácilmente al designio imperial como los europeos.

El nuevo orden solo puede establecerse mediante el imperialismo, caracterizado desde sus inicios por la

complementariedad de la economía y la política, de la guerra y la producción. El imperialismo colectivo definido por Samir Amin en la década de 1970 en el que el papel central estaba reservado a Estados Unidos, se ha transformado en una verdadera subordinación colonial de los aliados: Europa, Corea del Sur, Japón, Canadá, etcétera. Europa se encuentra en la misma situación de subordinación colonial que la India respecto a Inglaterra en el siglo XIX, ya que, al igual que esta, debe pagar un tributo al país «ocupante», construir y financiar los ejércitos europeos con material comprado a Estados Unidos para librar la guerra contra los enemigos definidos por la potencia imperial (la guerra en Ucrania constituye la experimentación, la prueba general de este tipo de guerra).

El neoliberalismo o la reversibilidad del fascismo y el capitalismo

La nueva secuencia del ciclo estratégico iniciada en 2008, que conduce a la guerra abierta, manifiesta una gran novedad. La máquina Estado-capital ya no delega en los fascistas el ejercicio de la violencia desmesurada, sino que la organiza ella misma, quizá escarmentada por la autonomía que el nazismo adquirió en la primera mitad del siglo XX. El genocidio arroja una luz inquietante sobre la naturaleza del capitalismo,

obligándonos a contemplarlo como quizá nunca lo habíamos contemplado. El capitalismo y las democracias organizan conjuntamente y por sí mismos un genocidio como si fuera lo más normal y natural del mundo. Un gran número de empresas pertenecientes a los sectores de la logística, el armamento, la comunicación, la vigilancia y el control, etcétera) han participado en la economía de ocupación de Palestina y ahora organizan, sin ningún remordimiento, la economía del genocidio. Al igual que las empresas alemanas en las décadas de 1930 y 1940, estas empresas obtienen grandes beneficios a partir de la implementación de la limpieza étnica de la población palestina. El índice principal de la Bolsa de Tel Aviv ha aumentado el 200 por 100 durante el genocidio, lo que garantiza un flujo continuo de capitales, sobre todo estadounidenses y europeos, hacia Israel. Con el genocidio, las democracias liberales retoman sus respectivas genealogías, que, alegremente reprimidas, vuelven a irrumpir con fuerza: la democracia estadounidense sienta sus fundamentos en el genocidio de los indígenas americanos, el establecimiento de la esclavitud y la imposición del racismo, mientras que las democracias europeas han hecho lo propio, pero en colonias lejanas en vez de en el propio territorio nacional. La cuestión colonial, racial y esclavista está en el

centro de las dos revoluciones liberales de finales del siglo XVIII.

El racismo estructural que caracteriza al capitalismo, concentrado hoy en día contra los musulmanes, ha sido liberado de manera indecente por los israelíes y por la totalidad de los medios de comunicación y de las clases políticas occidentales. También en este caso sin necesidad de los nuevos fascistas, ya que son los Estados, en particular los europeos, los que lo han alimentado desde la década de 1980 (mientras que en Estados Unidos el racismo es endémico y constituye un pivote crucial del ejercicio del poder en la sociedad estadounidense). El racismo está profundamente arraigado en la democracia y el capitalismo desde la conquista de las Américas, ya que allí reinaba la desigualdad y una de las principales formas de legitimarla ha sido el racismo. El debate sobre los fascismos contemporáneos va por detrás de la realidad, ya que ninguno de estos «nuevos fascismos» es capaz de ejercer tal violencia y practicar una destrucción a la escala que son capaces de hacerlo en estos momentos los Estados democráticos (pero véase al respecto Alberto Toscano, *Late Fascism: Race, Capitalism and the Politics of Crisis*, 2023). No se hallan, como sus antecesores, en la primera línea de una

contrarrevolución masiva contra el socialismo por diferentes razones, siendo la principal de ellas que no existe ningún enemigo real que se asemeje, ni siquiera remotamente, a los bolcheviques. Los movimientos políticos contemporáneos no representan ningún peligro, son absolutamente inofensivos.

Los nuevos fascismos son marginales en comparación con los fascismos históricos y, cuando llegan al poder, se alinean inmediatamente con el capital y el Estado, limitándose a intensificar la legislación autoritaria y represiva y a actuar en el ámbito simbólico-cultural. Esto es lo que están haciendo, por ejemplo, los fascistas italianos. Trump (o Milei) es la imagen adecuada del «capitalista fascista», ya que representa a una parte de la clase capitalista y actúa en consecuencia. La acción de Trump no tiene nada, salvo marginalmente, del folclore fascista histórico, cuando actual a escala geopolítica, siendo su objetivo salvar al capitalismo estadounidense de la implosión, al tiempo que impone un futuro fascista en todos los aspectos de la sociedad estadounidense. Trump conjuga perfectamente capitalismo y fascismo. El capitalismo no necesita confiar el poder, como sucedió en el pasado, a los fascismos históricos, porque la democracia ha sido vaciada desde dentro desde la década de 1970 (Comisión Trilateral). La

democracia produce desde el seno de sus instituciones, al igual que el capitalismo lo hace desde el seno del sector financiero y el Estado desde el seno de su Administración pública y de su ejército, la guerra, la guerra civil y el genocidio. Lo que se denomina «nuevos fascismos» o «posfascismo» son actores secundarios. En lo que atañe a las decisiones tomadas por los centros de poder financiero, militar, monetario, estatal, etcétera, estos nuevos fascismos no pueden intervenir de ninguna manera sobre las mismas, sino que deben limitarse a aceptarlas, como demuestra *in primis* el caso del «fascismo italiano».

¿Cómo comprender esta situación inédita? Sus raíces se hunden en la fase de acumulación primitiva precedente, que organizó el paso del fordismo al llamado «neoliberalismo». El ciclo estratégico organizado por la Administración dirigida por el gobierno de Nixon para hacer pagar, como hoy, la crisis acumulada en la década de 1960 al resto del mundo, fue aún más violento que la acción de Trump: decisión unilateral de inconvertibilidad del dólar en oro; imposición de aranceles del 10 por 100; puesta a disposición de los capitales japoneses en beneficio de Estados Unidos; «Acuerdo del Hotel Plaza», que saqueó Japón, la China de la época, sacrificando su economía

para salvar el capitalismo estadounidense; restablecimiento político de las relaciones con China, iniciativa que resultará decisiva para el desencadenamiento de la globalización; decisión política de construir un «superimperialismo en torno al dólar», etcétera. Uno de los episodios más dramáticos de este ciclo fueron las guerras civiles desatadas en América Latina, que, al mismo tiempo, decretaron el fin de la revolución mundial y dieron paso a los primeros experimentos denominados neoliberales. A este respecto, es interesante volver al análisis del Premio Nobel de Economía Paul A. Samuelson sobre el neoliberalismo naciente, análisis que hoy casi nadie recuerda[2].

La lógica del «mercado», en lugar de ser una alternativa a la guerra y a la violencia desmesurada, contiene ambas y las alimenta y, finalmente, las practica por sí misma hasta el genocidio

Se ha considerado frecuentemente el análisis de Foucault contenido en *La naissance de la biopolitique: Cours au Collège*

de France (1978-1979) (2004) como una formidable anticipación del neoliberalismo. Aproximadamente en el mismo momento, el análisis de Paul Samuelson de la situación económica criticaba duramente la admiración por el mercado, las libertades, la tolerancia con las minorías, la gobernanza, etcétera, al hilo de su descripción de la economía neoliberal como un «capitalismo fascista». Esta categoría, posteriormente olvidada, puede ayudarnos tal vez a comprender la genealogía del genocidio democrático-capitalista. «Me refiero, por supuesto, a la solución fascista. Si las leyes del mercado van acompañadas de inestabilidad política, los simpatizantes del fascismo concluirán: “¡Acabemos con la democracia e impongamos a la sociedad civil un régimen de mercado! No importa, si para ello hay que acabar con los sindicatos, encarcelar a los intelectuales

**Diario Red**

Apoyar

🌐 España ▼

[América Latina](#) [España](#) [México](#) [Internacional](#) [Editorial](#) [Opinión](#) [Medios](#) [Armas para pensar](#) [Cultura](#) [Canal Red](#)

nazismo. Una vez agotada esta energía política, el capitalismo fascista comenzó a instalarse. La lógica del «mercado», en lugar de ser una alternativa a la guerra y a la violencia desmesurada, contiene ambas y las alimenta y, finalmente, las

[Privacidad](#)

practica por sí misma hasta el genocidio. En la era de los monopolios, el mercado, esa mediación que se supone automática, constituye, en realidad, el fin de toda mediación, ya que hace surgir la fuerza como actor decisivo: la fuerza de los monopolios, la fuerza del sector financiero, la fuerza del Estado, etcétera. No solo ha sido necesaria la guerra civil para establecer el neoliberalismo, sino que este confía su funcionamiento a la integración de la violencia en su propio mecanismo. El mercado ya es en este sentido una economía fascista.

Samuelson trastoca las creencias más sólidas: la economía de los *Chicago boys*, de Hayek, Friedman, etcétera es una forma de fascismo y constituye el paradigma de la economía en general. La experiencia neoliberal es la de una «economía impuesta», exactamente lo que el gobierno de Trump está tratando de lograr: «un capitalismo impuesto» (otra acertada definición de Samuelson) por la fuerza. «La undécima edición de *Economics* (1980) incluye un capítulo dedicado a este problema detestable del fascismo capitalista. Por así decirlo, si Chile y los *Chicago boys* no hubieran existido, habría que haberlos inventarlo para erigirlos en paradigma. Es interesante recordar lo que yo decía sobre el tema, sobre todo

porque los conservadores, a quienes no les gusta mucho la forma en que evolucionan las democracias, son incapaces de llevar su razonamiento hasta el final. Huyen de la conclusión a la que llegarían, es decir, el fascismo, y se contentan con recomendar un límite constitucional a la imposición. Esa es su versión del capitalismo impuesto».

Hemos aceptado la narrativa liberal en lugar de preguntarnos por qué su gobernanza conduce, como en la primera mitad del siglo XX, a la guerra, el fascismo y el genocidio. No hemos sido capaces de sacar las conclusiones necesarias y, sin embargo, hemos pasado de las «libertades» del llamado neoliberalismo al genocidio democrático-capitalista y lo hemos hecho sin golpes de Estado, sin «marcha sobre Roma», sin contrarrevolución de masas, sino como si se tratara de una evolución natural. Nadie en el *establishment*, y mucho menos las clases políticas y los medios de comunicación, se ha sentido incómodo con esta evolución. Al contrario, estos últimos se han alineado con una rapidez impresionante y una convergencia inquebrantable con un discurso que, sin embargo, contradice de cabo a rabo la ideología profesada durante décadas sobre los derechos humanos, el derecho internacional, la democracia contra las dictaduras, etcétera.

Para que todo se haya desarrollado sin el menor problema, era necesario que los horrores físicos y mediáticos del genocidio estuvieran inscritos en las estructuras del sistema que, una vez emergidos, han sido considerados por el *establishment* no como una aberración, sino como algo normal. Todo ha sucedido como si fuera lo más natural del mundo. El capitalismo «liberal» se ha expresado y realizado de forma natural y completa en el genocidio sin la mediación de los fascistas, sin que estos se hayan constituido en una fuerza política «autónoma», como sucedió durante la década de 1920.

No vemos lo que tenemos ante nuestros ojos, porque hemos incorporado demasiados filtros «democráticos», porque hemos incorporado una idea pacificada del capitalismo, que nos impide leer correctamente lo que ha sucedido con la construcción del neoliberalismo a partir de lo sucedido en América Latina. Leamos de nuevo a Samuelson, teniendo en cuenta todos los comentarios de los pensadores «críticos», que, incluso después de 2008, siguen hablando de neoliberalismo. Las dictaduras latinoamericanas, con sus miles de asesinados, torturados y exiliados, son solo una variante del fascismo de mercado, que prospera en la democracia. «Les presento mi descripción del fascismo

capitalista: “Los generales y almirantes toman el poder. Eliminan a sus predecesores de izquierda, exilian a los opositores, encarcelan a los intelectuales disidentes, frenan a los sindicatos, controlan la prensa y toda actividad política. Sin embargo, en esta variante del fascismo de mercado, los líderes militares no intervienen en la economía [...]. Los opositores al régimen chileno llamaron a este grupo, con cierta injusticia, los *Chicago boys*, con la intención de poner de relieve el hecho de que muchos de ellos se habían formado en la Universidad de Chicago o habían experimentado su influencia. Estos economistas están a favor de los mercados libres. Entonces, el reloj de la historia gira al revés. El mercado es libre, la oferta monetaria está estrictamente controlada. Sin pagos de transferencia, los trabajadores se ven obligados a trabajar o a morir de hambre. Los desempleados mantienen ahora bajo el crecimiento de los salarios competitivos. La inflación puede reducirse considerablemente, si no eliminarse por completo».

En realidad, el mercado «fascista» nunca ha tenido una función económica, sino ante todo absolutamente represiva, luego disciplinaria, de individualización del proletariado y de ruptura de toda acción colectiva y solidaria. El mercado ha sido una enorme construcción ideológica bajo la cual se

desarrollaba tranquilamente la depredación operada por el monopolio del «dólar» y de las «finanzas», el ejercicio de la violencia por parte de los ejércitos estadounidenses, los verdaderos actores económico-políticos del «neoliberalismo», que nunca han sido regulados ni gobernados por el mercado. ¿Dónde puede verificarse la pertinencia del concepto de Samuelson, que implica el «oxímoron» de «democracia fascista»? Nos cuesta comprender la realidad, porque la violencia desmesurada que combina democracia y capitalismo borra, con una facilidad desconcertante, los valores occidentales consagrados en sus constituciones. El joven Marx nos recuerda que el alma de las constituciones liberales no es la libertad, ni la igualdad, ni la fraternidad, sino la propiedad privada burguesa. Verdad ineludible, sobre todo porque es el «derecho humano más sagrado» afirmado por la Revolución Francesa, el único valor verdadero del Occidente capitalista.

La propiedad es sin duda el medio más pertinente para definir la situación de los oprimidos. La acumulación primitiva puesta en marcha en la década de 1970 por Nixon impuso políticamente una apropiación y una distribución primarias, estableciendo una división de la propiedad inédita en relación

con Marx: su reparto no se hace, en primer lugar, entre capitalistas, propietarios de los medios de producción, y obreros, desprovistos de toda propiedad, sino entre los propietarios o no de acciones y obligaciones, es decir, entre los titulares de títulos financieros y los que no lo son. Esta «economía» funciona como los aranceles de Trump, esto es, como un gravamen sobre la riqueza de las sociedades de «siervos», con la única diferencia de que la depredación se produce a través del «automatismo» instituido, mantenido de forma continua por medios políticos, del sistema financiero y de la deuda.

La sociedad está más dividida que nunca: en la cima se concentran los propietarios de títulos, en la base la gran mayoría de la población, que en realidad ya no está compuesta por sujetos políticos, sino por «excluidos». Al igual que les sucedía a los siervos del antiguo régimen, la «función» económica no implica un reconocimiento político. La integración del movimiento obrero, reconocido como actor político de la economía y de la democracia durante el periodo subsecuente a la Segunda Guerra Mundial, se ha convertido en la exclusión de las clases populares de toda instancia de decisión política. La financiarización ha permitido a las elites

practicar la secesión, mientras prevé que las relaciones con la base sean exclusivamente de explotación y dominación. Los nuevos siervos no solo han sido expropiados económicamente, sino que también han sido privados de toda identidad política, de modo que han adoptado la cultura/identidad del enemigo (el individualismo, el consumismo, el *ethos* de la televisión y la publicidad), que hoy pretende imponer una identidad fascista y partidaria de la guerra. Los «siervos» están hoy fragmentados, dispersos, individualizados, divididos de mil maneras (divisiones de género, raza, ingresos, patrimonio, etcétera), pero todos participan en diferentes grados de la sociedad de la segregación instaurada por la máquina Estado-capital, que ya ni siquiera precisa de legitimación, dado lo favorables que le son las relaciones de fuerza actuales. Las clases dominantes y las elites dirigentes actuales deciden sobre el genocidio, el rearme, la guerra y las políticas económicas sin tener que rendir cuentas a los subordinados. El consentimiento ya no es necesario, porque los proletarios son demasiado débiles como para pretender contar de uno u otro modo. Está claro que en esta situación la democracia no tiene ningún sentido. La condición de oprimidos se asemeja más a la situación de los

colonizados (colonización generalizada) que a la de los «ciudadanos».

Walter Benjamin nos ha advertido: «Sorprenderse de que las cosas que vivimos sean “todavía” posibles en el siglo XX no tiene nada de filosófico. No es el comienzo de conocimiento alguno, salvo el que postula que la idea de la historia que lo engendró es insostenible». Lo que tampoco es sostenible es una cierta idea del capitalismo mantenida incluso por el economicismo del marxismo occidental. Lenin definía el capitalismo imperialista como reaccionario, a diferencia del capitalismo competitivo, en el que Marx todavía veía aspectos «progresistas». La financiarización y la economía de la deuda han construido un monstruo, que combina capitalismo, democracia y fascismo, el cual no plantea ningún problema a las clases dominantes. Nosotros deberíamos estudiar la naturaleza del ciclo estratégico del enemigo e imponernos un único objetivo: transformarlo en ciclo estratégico de la revolución.

Recomendamos leer Maurizio Lazzarato, «La guerra (“comercial”) contra China», «¡Armémonos para salvar al capitalismo financiero!», «Los callejones sin salida del

pensamiento crítico occidental», «La “guerra civil” en Francia», «¿Por qué la guerra (1)?» y «¿Por qué la guerra (2)?», « *Diario Red*; Mario Tronti, *Obreros y capital* (2024); Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX: Dinero y poder en los orígenes de nuestra época* (1999), *Adam Smith en Pekín* (2007) y «*Siglo XX: siglo marxista, siglo americano: la formación y la transformación del movimiento obrero mundial*», *NLR* 0, «*Comprender la hegemonía 1*», *NLR* 32, y «*Comprender la hegemonía 2*», *NLR* 33; Giovanni Arrighi, Terence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein, *Movimientos antisistémicos* (2024); Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno* (2001); y Robert Brenner, Dylan Riley *et al.*, *Sobre el capitalismo político: El nuevo debate Brenner* (2024). Antonio Negri, *Los libros de la autonomía obrera* (2004), *El poder constituyente: Ensayos sobre las alternativas de la modernidad* (2015) y *La fábrica de la estrategia: 33 lecciones sobre Lenin* (2024).

Este texto se publica en *Diario Red* con el permiso expreso de su autor.

[1] Los aranceles aduaneros varían entre el 15 y el 50 por 100. La reducción de los tipos impositivos se promete a condición

de que se compren títulos del mercado estadounidense, que tienen dificultades para encontrar compradores en los mercados, y a condición de que se transfieran gratuitamente miles de millones de dólares a Estados Unidos.

- Imposición de aranceles aduaneros con un doble objetivo: económico (Estados Unidos necesita flujos de tesorería frescos para cubrir sus déficits) y/o político (la India comercia libremente con Rusia, etcétera, mientras Brasil «persigue» a Bolsonaro).
- Imposición de la compra de productos energéticos estadounidenses cuatro veces más caros que el precio de mercado: Europa ha prometido comprar estos por valor de 750 millardos de dólares, que Estados Unidos no tiene en esa cantidad.
- Obligación de invertir miles de millones de dólares en la reindustrialización estadounidense (Japón, Europa, Corea del Sur y los Emiratos Árabes Unidos han prometido cifras astronómicas, que en el caso de Europa asciende a 600 millardos, lo cual Trump considera un «regalo»). Inversiones que estarán a discreción de Estados Unidos, bajo amenaza de aumento de los aranceles aduaneros.

- Obligación de comprar armamento del sistema militar-industrial-universitario estadounidense, bajo amenaza del aumento de los aranceles aduaneros.
- La *Genius Act* autoriza a los bancos a mantener las *stablecoins* como moneda de reserva para hacer frente a las dificultades de colocar los títulos de la enorme deuda pública estadounidense. La condición política de estas monedas estables es que estén indexadas al dólar y se utilicen para la compra de la deuda estadounidense.
- El 39 por 100 de los aranceles impuestos a Suiza se aplica al oro, que este país exporta en grandes cantidades a Estados Unidos, ya que los bancos (especialmente los del sur) prefieren comprar y poseer oro en lugar de dólares.
- Impuestos a los fabricantes de chips destinados a la exportación, cuyo objetivo es hacerlos rastreables y, en su caso, susceptibles de destrucción a distancia (ley en proceso de aprobación).
- Exportación de tecnología en virtud de criterios políticos.
- Obligación de abrir los mercados a los productos estadounidenses exentos de cualquier tipo de gravamen tributario, al igual que los beneficios de las empresas tecnológicas estadounidenses, que no deben tributar.

- Libertad para exportar cualquier producto estadounidense, incluso si la legislación europea lo prohíbe.

[2] Paul A. Samuelson, «L'économie mondiale à la fin du siècle», *Revue française d'économie*, vol. 1, núm.1, 1986. pp. 21-49.



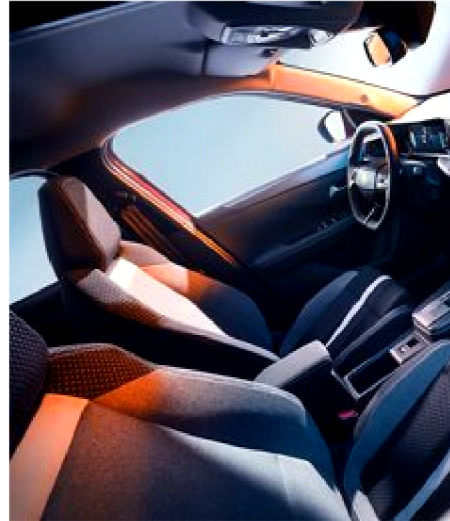
ETIQUETAS: capitalismo, Donald Trump, fascismo, Genocidio en Gaza, Estados Unidos

También te puede interesar



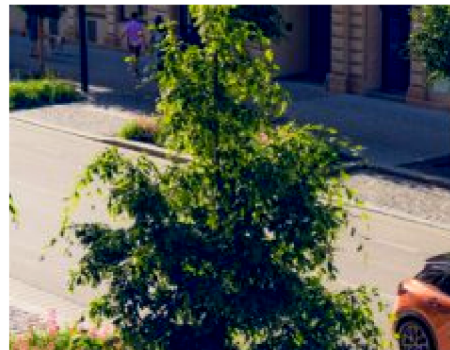
Ahorra hasta 9.000€

Vuelta gym 🦵 y vuelta con hasta 9.000€ AHORRO ¡Solo este mes!



Nuevo Opel Frontera

100% Eléctrico o Híbrido

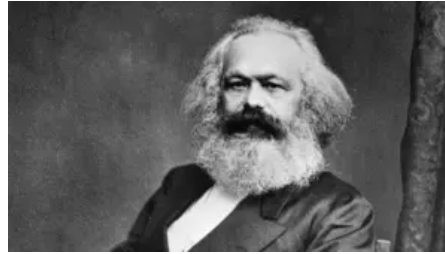


Más en Armas para pensar

Privacidad



Israel arrasa innumerables bloques de edificios en la ciudad de Gaza, mientras mata a cientos de personas



Prólogo de la edición catalana de 'El Capital'



El nuevo mapa israelí, que propone anexionar el 80 por 100 de Cisjordania, explicado



La cancelación de visados estadounidenses para la población palestina supone un paso más hacia la anexión de Cisjordania



MEDIOS INTERNACIONAL CULTURA OPINIÓN CANAL RED

QUIÉNES SOMOS LEGAL POLÍTICA DE COOKIES POLÍTICA DE PRIVACIDAD